

## § II.—Derecho de guerra.

N.º 1. — *Consideraciones generales.*

El derecho de gentes no forma en Roma el objeto de una ciencia especial. Esto debe parecer extraño en aquella literatura jurídica, la más rica y la más sabia que ha existido. Si los jurisconsultos del Imperio olvidaron el estudio del derecho internacional, consiste en que este derecho no existía. Mientras no intervenía un tratado entre los Romanos y las naciones extranjeras, la fuerza regía sus relaciones (1). Había ciertamente algunas reglas generalmente admitidas en las relaciones de los pueblos; pero faltaba una base esencial para fundar la ciencia del derecho de gentes, el reconocimiento de la igualdad y de la fraternidad de las naciones.

La guerra seguía siendo lo mismo que en los tiempos antiguos, una lucha, no solamente entre los pueblos, sino aún entre los individuos. De aquí resultaba la esclavitud de los habitantes inofensivos, de las mujeres y de los niños. Hasta los ciudadanos del Estado enemigo, que habitaban en los límites del Imperio, podían ser reducidos á esclavitud en cuanto se declaraba la guerra (2). Esto prueba cuán falsa es la teoría de la esclavitud. El derecho de guerra, dicen los jurisconsultos romanos, permite matar á los prisioneros; haciéndolos esclavos se les perdona la vida (3). Responderemos con Rousseau que «la guerra no es una relación de hombre á hombre, sino una relación de Estado á Estado, en la cual los particulares sólo son enemigos accidentalmente, no como hombres, ni aún siquiera como ciudadanos, sino como soldados..... Siendo el fin de la guerra la destrucción del Estado enemigo, hay derecho para matar á sus defensores mientras conservan las armas

(1) L. 5, § 2, D. 49, 15. Véase más atrás, pág. 302.

(2) L. 12, pr. D. 49, 15.

(3) § 3, *Inst.*, I, 3; L. 239, § 1, D. 50, 16.—H. GROTIUS, *De jure belli*, III, 7,

en la mano; pero en cuanto las entregan y se rinden dejan de ser enemigos, ya no son más que hombres, y nadie tiene derecho sobre su vida» (1).

La extensión que los Romanos y toda la antigüedad dieron á este pretendido derecho, basta para probar que es el derecho del más fuerte.

El poder sobre los bienes de los enemigos no tenía límites. Para legitimar aquel abuso de la fuerza, imaginaron los jurisconsultos una teoría que prueba la falta de todo derecho entre los pueblos beligerantes. «Las cosas cogidas al enemigo, dice Gayo, pasan inmediatamente á ser propiedad del que se apodera de ellas» (2). ¿Cuál es el fundamento de este derecho? La ocupación. Las cosas que no pertenecen á nadie son propiedad del primer ocupante; ahora bien, por efecto de la guerra se considera á los enemigos como privados de todo derecho; ya no son propietarios, sino detentadores injustos; sus bienes pertenecen, pues, al primero que se apodera de ellos (3).

La influencia de la cautividad sobre el estado de los ciudadanos romanos es también una señal característica del derecho de gentes de Roma. Cuando un ciudadano caía prisionero de guerra, era considerado como enemigo, y, por consiguiente, no tenía ya ningún derecho (4). Se concibe en el sistema de las relaciones internacionales del mundo antiguo, que los vencedores traten á los vencidos como á cosas. Pero perder el cautivo su cualidad de hombre y de ciudadano en su patria, es conceder influencia jurídica á la fuerza bruta, es demostrar la falta de una verdadera relación de derecho.

Tal era la teoría del derecho de gentes bajo el Imperio. La crueldad de las guerras estaba en armonía con la barbarie de la ley. Montesquieu dice «que los Romanos, acostumbrados á no respetar la naturaleza humana en la persona de sus hijos y de sus esclavos, apenas podían conocer esa virtud que nosotros llamamos humanidad: cuando el estado civil demuestra crueldad ¿qué se

(1) ROUSSEAU, *Contrato social*, I, 4.(2) GAJ., II, 69.—L. 5, § 7, D. 41, 1.—§ 17, *Inst.*, II, 1.(3) VOET., *Comment ad Pand.*, lib. XLI, tit. I, § 2.(4) SAVIGNY, *System*, t. I, p. 359, nota a.



puede esperar de la dulzura natural?» El ilustre escritor hace demasiado favor á los Romanos, atribuyéndoles dulzura natural: su carácter se ha inclinado siempre á la crueldad. Solamente en medio de un pueblo bárbaro se concibe la serie de aquellos emperadores monstruos que son el baldon de la humanidad.

Recordemos el trato de los esclavos. Aquellos desgraciados no eran considerados como seres humanos sino como instrumentos de utilidad ó de placer. En lo que se llama los buenos tiempos de la República, se los explotaba con una dureza digna de una raza de utilitarios. Bajo el Imperio, el capricho de una querida irritada bastaba para hacerlos arrojar como pasto á las murenas. ¿Cómo habian de ser humanos con los esclavos los que eran crueles con los ciudadanos? Manchaban la legislación las penas más bárbaras, la cruz, el fuego, el precipicio, la flagelación hasta producir la muerte, la exposición á los animales feroces (1). Se daba tormento á los testigos para averiguar la verdad (2). Los Romanos son el único pueblo que ha hecho del homicidio un espectáculo. La afición á los juegos de los gladiadores, nacida bajo la República, se convirtió bajo el Imperio en un verdadero furor. Millares de prisioneros (3) se mataban mutuamente en las fiestas para disipar el fastidio del pueblo rey.» El choque de las espadas, los rugidos de los animales, los gemidos de las víctimas entusiasmaban á la multitud..... Rara vez concedían la vida aquellos implacables espectadores de la muerte (4). «El pueblo, dice Séneca, se irrita contra los gladiadores si no saben morir; se cree despreciado, y con su ademan, con sus gestos, con sus violencias, se convierte de espectador en enemigo. Grita, diciendo: hiere, quema, mata. ¿Por qué se presenta aquel tan cobarde ante la espada? ¿Por qué aquel mata con tan poca resolución? ¿Por qué vacila tanto el otro en morir?» (5).

El continuo espectáculo de los combates de gladiadores aumen-

(1) WALTER, *Geschichte des römischen Rechts*, § 781, 783, 784.

(2) *IBID.*, § 812.

(3) En los juegos celebrados con motivo del triunfo de Trajano sobre los Dacios, sucumbieron diez mil gladiadores. Trajano mismo se divertía en estos combates (DION. CASS., LXVIII, 10).

(4) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*, v, 3.

(5) SENECA., *De Ira*, I, 2; *Epist.*, VII.

tó la ferocidad del pueblo (1). Aquellos hombres, crueles en sus placeres, no podían tener piedad en los campos de batalla. Muchas veces las legiones derramaron sangre sin necesidad, sin ser provocadas, por el puro gusto de matar (2). ¿Quién había de creer que en tiempo del Imperio se había de echar de ménos la humanidad de la República! ¿Y adónde iban á buscar ejemplos de humanidad? ¡En las horribles guerras civiles, que son como el colmo de las atrocidades! Durante las guerras civiles de Vitelio y de Oton un jinete pidió una recompensa á su general por haber matado á su hermano en una batalla. Tácito, que refiere el hecho, añade: «En las guerras civiles de la República un soldado de Pompeyo mató á su hermano, y, habiéndolo reconocido, se mató á sí mismo. ¡Tan cierto es que nuestros antepasados sentían con más viveza el entusiasmo de la virtud y el remordimiento del crimen!» (3).

## N.º 2. — Guerras contra los Germanos.

### *Germánico. Juliano.*

Los Germanes infundieron á los Romanos un terror indefinible, cuando se encontraron con ellos en las Galias. Escuchemos la narración de César: «Las respuestas que daban á nuestros soldados los Galos que les hablaban de la estatura gigantesca de los Germanos, de su increíble valor, de su terrible aspecto y del fuego de sus miradas, que apenas habían podido arrostrar en numerosos combates, difundieron repentinamente un gran pavor en todo el ejército; los ánimos se turbaron profundamente. Todo el mundo hacía testamento. El temor hizo vacilar aún á aquellos que habían encanecido en los campos de batalla..... Se dijo á César que, cuando mandase avanzar las banderas, los soldados aterrados no oirían

(1) *Hac consuetudine imbuti, humanitatem perdidierunt* (LACTANT., D, I, VI, 20).

(2) Véase la narración de Tácito sobre el saqueo de Metz, al principio de las guerras civiles de Othon y de Vitelio (*Hist.*, I, 63).

(3) TAGIT., *Hist.*, III, 51.



su voz» (1). ¿No parece que presentian los Romanos que los hombres del Norte estaban llamados á poner fin á su dominacion?

Sin embargo, las legiones habian combatido ya con pueblos de la raza germánica; los Cimbrios y los Teutones habian regado con su sangre los valles de Italia (2). Pero Mario derrotó á aquellos enemigos sin conocerlos; no se sabía, dice Plutarco, qué hombres eran aquellos, ni de donde habian venido á caer como una nube sobre la Galia y la Italia (3). Sólo el aspecto de los Bárbaros aterró á los Romanos; su invasion fué el preludio y la imágen de las terribles inmigraciones que algunos siglos más tarde derrocaron el Imperio. «Su audacia y su furor eran irresistibles; avanzaban, destruyéndolo todo con la fuerza de sus brazos en las batallas, con la impetuosidad y la violencia del fuego; nada podía detener su marcha; apresaban á los que encontraban en su camino y los arastraban consigo» (4).

Los Bárbaros inauguraron dignamente su mision de destruccion. Deliberaron si se limitarían á saquear la Italia ó si se la repartirian, si los Romanos habian de ser reducidos á esclavitud ó exterminados hasta el último (5). Furiosos por un insulto que habian recibido sus diputados, los Cimbrios ofrecieron solemnemente á los dioses todo aquello que la victoria pusiese en sus manos y cumplieron religiosamente su promesa. Hombres y cosas, todo cuanto habia pertenecido al enemigo fué destruido sin misericordia: los prisioneros eran colgados de los árboles, el oro y la plata arrojados á los rios, los equipos despedazados, rotas las armas y las corazas y las bridas de los caballos, y éstos eran arrojados al agua, donde perecieron (6). Habia, sin embargo, algo de caballescico en medio de la conducta salvaje de los Bárbaros. Plutarco cuenta que el rey de los Cimbrios vino á caballo con un corto número de los suyos cerca del campo romano, y que desafió á Ma-

(1) CAES., B. G., I, 39.

(2) La tierra, dice PLUTARCO, abonada por los cadáveres corrompidos en su seno, adquirió una fertilidad extraordinaria; lo cual hizo cierta la frase de Arquilocho de que *las batallas fertilizan los barbechos* (Mar., c. 21).

(3) PLUTARCH., Mar., c. 11.

(4) IBID., c. 16. 23, 11.

(5) THIERREY, *Historia de los Galos*, 2.<sup>a</sup> parte, c. 3.

(6) OROS., v, 16.

rio para que fijase día y sitio para el combate que habia de decidir de la posesion de Italia (1).

Los Romanos, iguales en barbárie á los Germanos, fueron ménos generosos. No es honroso para la fe romana su primer choque con los hombres del Norte. Los Cimbrios enviaron embajadores al cónsul, para declarar que no era su intencion apoderarse de un país que perteneciese á Roma. Papirio Carbon queriendo terminar la guerra con un solo golpe, discurrió una de esas estratagemas que los Romanos calificaban de fe púnica en sus enemigos. Respondió á los diputados que quedaba satisfecho con su declaracion y les dió guías que los extraviaron. Inmediatamente hizo tomar las armas á sus legiones, y cayó de improviso, en medio de la noche, en el campo de los Bárbaros. El valor de los Cimbrios pudo más que la estratagema italiana (2). El vencedor de los Bárbaros, Mario, manchó su victoria, dejando insepultos los cadáveres de los vencidos; los Marsellese los convirtieron en cerramientos de huécos para las viñas (3).

La conquista en las Galias puso á los Romanos en contacto con los Germanos. César fué el primero que hizo pasar el Rhin á sus legiones. Druso emprendió la conquista de la Germania, y Tiberio, mediante hábiles negociaciones más bien que por la fuerza de las armas, llegó casi á reducirla á provincia. Estableciéronse relaciones comerciales entre los Romanos y los Bárbaros. Los Germanos entraron á servir en la guardia imperial y en las legiones. Podia creerse que la Germania estaba sometida. Pero habia en los pueblos del Norte un indomable espíritu de libertad. Las exacciones de los Romanos los redujeron á la última extremidad. Decian que Roma, para guardar sus rebaños, enviaba lobos en lugar de perros (4). Tal fué Varo. Habia administrado la Siria; cuando llegó á aquella provincia, era tan rica como pobre era él; cuando salió, sucedia todo lo contrario. Llamado á Germania, «se persuadió de que aquellos hombres, que no tenían de humano más que la figura y la palabra, y á quienes la espada no podía

(1) PLUTARCH., Mar., 25.

(2) APPIAN., IV, 13.

(3) PLUTARCH., Mar., 11.

(4) DION, CASS., LV, 33.



sujetar, cederían tal vez á la autoridad de las leyes» (1). Se engañó. La administracion romana pareció á los Germanos la más insoportable de las tiranías. Se organizó una conjuracion contra la dominacion extranjera. Hermann la dirigió; tres cuerpos de caballería y seis cohortes perecieron: «Nada más espantoso, dice Floro, que aquella matanza en medio de los pantanos y de los bosques; nada más irritante que los ultrajes de los Bárbaros» (2). El historiador latino se olvida de decir que aquellos ultrajes no eran más que represalias. Veleyo, que habia hecho las campañas de Germania bajo Tiberio, confiesa que los Romanos mataban á los Germanos como á viles animales (3).

La derrota de Varo puso término á las conquistas de Roma. Pero la sangre de las legiones pedia venganza. Germánico recibió esta cruel mision. Los Romanos entraron á sangre y fuego; no perdonaron sexo ni edad, sagrado ni profano. A los hombres armados se les trató como á fieras: «Algunos habian trepado á lo alto de los árboles, tratando de ocultarse detras de las ramas. Nuestros arqueros se entretenian en atravesarlos con sus flechas» (4). Hay algo más horrible aún que esta accion atroz, y es la indiferencia con que la refiere el más grande de los historiadores de Roma. Tácito se contenta con hacer notar que la victoria de los Romanos fué completa sin haberles costado sangre. Germánico no se mostraba superior á la brutalidad de sus soldados: les mandaba «que se encarnizasen en la matanza, que no hicieran prisioneros, que no conseguirian la paz más que por medio de la destruccion entera de la nacion» (5). Sin embargo, Germánico era uno de los bellos caracteres del Imperio (6); se le comparaba con Alejandro, y aún se creia que excedia al héroe griego por su clemencia y su moderacion. «Su muerte, dice Tácito, produjo un duelo universal. Las naciones extranjeras y los reyes bárbaros lloraron á aquel

(1) VELL. PAT., II, 117.—DION. CASSIUS dice que exigió tributos de los Germanos, y los trató en todo como á esclavos (LVI, 18).

(2) FLOR., IV, 12.—VELL. PAT., II, 117.

(3) VELL. PAT., II, 119: (*Hostem more pecudum trucidaverat.*)

(4) TACIT., *Ann.*, I, 51, 56; II, 17.

(5) IBID., *Ann.*, II, 21.

(6) IBID., *Ann.*, I, 33; II, 73.—SÜETON., *Calig.*, c. 3.—JOSEPH., *Antiq., Jud.*, XVIII, 6, 8.

grande hombre, tan afable con los aliados, tan dulce con los enemigos» (1). ¡De manera que aquel que habia tratado á los Germanos como fieras, era celebrado por su humanidad!

La lucha fué incesante entre los Romanos y los Bárbaros. No la seguiremos en todos sus detalles. Nuestro objeto es únicamente indagar en ella el carácter del derecho de guerra bajo el Imperio: fué cruel hasta en los últimos tiempos de Roma. El Cristianismo, perseguido en un principio, habia llegado á ser la religion dominante cuando el paganismo tuvo en el trono un partidario apasionado. Cualquiera creeria que los cristianos debian superar en humanidad á los partidarios del antiguo culto. No fué así. Juliano el apóstata es infinitamente superior á los emperadores ortodoxos. Elevado súbitamente al rango de César, el discípulo de Platon hizo la guerra como un héroe contra los Germanos. Los sentimientos humanos del general honran al filósofo. Algunos jefes enemigos cayeron en su poder; el derecho de guerra permitia al vencedor dar muerte á los prisioneros: Juliano les concedió la vida (2). Libanio alaba la clemencia del Emperador (3). El elogio está en su lugar, porque aquella virtud no fué conocida por el mundo antiguo, ni aún despues de la venida del Cristianismo. El ejército cristiano de Juliano carecia de humanidad, lo mismo que las legiones paganas de Germánico. Despues de la célebre batalla de Estrasburgo hubo escenas de matanza semejantes á las que habian tenido lugar en los bosques de la Germania (4). ¿Quiere esto decir que la religion no ejerce influencia alguna sobre las costumbres? Creemos, por el contrario, que el Cristianismo fué el instrumento más poderoso de educacion de los pueblos; pero para esto han sido necesarias una influencia secular y razas nuevas. Las legiones de Juliano no eran cristianas más que en el nombre. Pero tampoco Juliano era pagano más que de nombre; era esencialmente filósofo, y la filosofía humaniza los sentimientos lo mismo que la religion.

(1) TACIT., *Ann.*, I, 72.

(2) JULIAN., *ad popul. athen.*, p. 279. C. ed. Spanh.

(3) *Panegy. Imper. Juliani* (t. II, p. 238, C. D., ed. Morellus).

(4) AMMIAN. MARCELLIN., XVI, 12. C. XVII, 1.



N.º 3. — *Guerra contra los Judíos.*

Los pueblos perecían en la antigüedad lo mismo que los individuos y las ciudades. La mayor parte de las naciones que habían figurado en el mundo antiguo fueron absorbidas por la República ó destruidas. Sólo un pueblo conservó su individualidad, aunque perdiendo su independencia. Los Judíos no supieron ceder á la dominación romana; Jerusalén fué reducida á cenizas, y los sectarios de Moisés fueron dispersados por toda la tierra.

Los Romanos habían terminado ya la conquista del mundo cuando entraron en relaciones con los Judíos. Júdas Macabeo, soberano pontífice, solicitó su alianza para poner la Judea al abrigo de los ataques de los reyes sirios. Ya sabemos que el Senado no negaba nunca su protección: se celebró y renovó varias veces un tratado de alianza (1). Los Judíos tuvieron la misma suerte que los demás pueblos protegidos por Roma: Pompeyo los hizo tributarios. Durante el primer siglo del Imperio, la dominación romana fué moderada y benéfica. César eximió á los Judíos del tributo durante el año del sábado « porque entonces no sembraban y no recogían frutos »; les permitió vivir en todas partes según sus leyes (2). Claudio confirmó estos privilegios: « quería, según decía, obligar á los Judíos con esta prueba de su bondad á no despreciar la religión de los demás hombres y á contentarse con vivir en la suya con toda libertad » (3). Sin embargo, de todos los pueblos sometidos á Roma los Judíos fueron los únicos que intentaron con una insurrección heroica reconquistar su independencia. Mediaba una oposición irreconciliable entre la nación mono-teísta y los paganos; la raza elegida no podía tener más Señor que Dios.

Heródes trató de asimilar los Judíos á los demás pueblos, y hacerles salir de su nacionalidad exclusiva para entrar en la gran

(1) JOSEPH., *Antiq.*, XII, 17 (10, 6); XIII, 13 (7, 4); XIII, 17 (9, 2).

(2) *IBID.*, XIV, 17 (10, 6).

(3) *IBID.*, XIX, 4 (5, 3); XVI, 10 (6, 2).

asociación del Imperio. Estableció juegos como los de Grecia, sufragó los gastos de las solemnidades olímpicas, reedificó el templo de Apolo en Rodas, prodigó sus beneficios á las ciudades griegas; ninguna nación imploraba en vano su socorro (1). Pero para atender á todos estos gastos, abrumó de impuestos á los Judíos. Por otra parte, al querer introducir instituciones relacionadas con el politeísmo, ofendió profundamente á la nacionalidad judía, que se basaba en el culto de Jehová. A su muerte estallaron el descontento y las pasiones que abrigaba el pueblo. El patriotismo y el amor de la independencia tomaron la forma de una secta en aquella raza teológica. Los nuevos sectarios decían que no se debía reconocer más rey que Dios; sentían tan ardiente amor por la libertad, que sufrían todos los tormentos antes de dar á un hombre, sea quien fuere, el nombre de señor ó de amo. Animados por el entusiasmo religioso, inspirados tal vez por la creencia en la venida de un Mesías, que había de dar á los Judíos el imperio de la tierra, los patriotas prepararon los ánimos á la insurrección con sus ardientes predicaciones (2); la crueldad y la avaricia de un gobernador romano la hicieron estallar. « Foro, dice Josefo, nos ha obligado á tomar las armas contra los Romanos, para perecer juntos y de una vez, más bien que uno tras de otro y separadamente » (3).

Dos nombres célebres aparecen en el sitio de Jerusalén. Vespasiano figura entre los mejores emperadores. Los Romanos llamaron á Tito el amor y las delicias del género humano. ¿Correspondió la conducta de las legiones á la humanidad de sus jefes? Al principio los Romanos se contentaron con usar del derecho habitual del vencedor: mataban á los hombres útiles para el manejo de las armas, reducían á esclavitud á las mujeres y á los niños, destruían las ciudades (4). Pero, enfurecidos con la tenaz resistencia de los enemigos, les hicieron una guerra á muerte (5) y cometieron horribles crueldades. El hambre obligó á los Judíos á salir de la ciudad en busca de víveres; cuando los Romanos los sorprendían los

(1) JOSEPH., *Antiq.*, XV, 11 y sig. (7-9); XVI, 9 (5).

(2) *IBID.*, XVIII, 2 (1, 6); XVIII, 1 (1, 1).

(3) *IBID.*, XX, 9 (11, 1).—C. *De Bello Jud.*, XI, 24, 25, 27 (14, 15).

(4) *IBID.*, *De Bello Jud.*, III, 21 (7, 31); III, 23 (7, 33-36); III, 29 (9, 2, 3).

(5) *IBID.*, IV, 7 (1, 10). C, IV, 26 (8, 1).



crucificaban á la vista de los sitiados. No pasaba día sin que se hicieran 500 prisioneros; pronto faltaron las cruces y hasta el terreno para plantarlas. Aún cuando deploraba estos excesos, Tito los consentía; esperaba que la vista de aquel terrible espectáculo acabaría por vencer á los Judíos (1). Los Arabes y los Sirios excedieron á los Romanos en barbarie; abrian el vientre á los fugitivos para buscar en sus entrañas el oro que habian tragado; en una sola noche hicieron perecer en estos suplicios 2.000 Judíos. En vano Tito amenazó con la muerte á aquellos soldados ávidos y animados por el ódio nacional; continuaron cometiendo sus crímenes en secreto (2). El Templo fué tomado é incendiado, pero los Judíos eran indomables. Habiendo tomado por asalto Tito la ciudad « los soldados mataron sin distincion á todos los que encontraron, y quemaron todas las casas con las personas que se habian refugiado en ellas..... El número de cuerpos amontonados unos sobre otros era tan grande que obstruyeron el paso por las calles; la sangre en que nadaba la ciudad apagó el fuego en varios puntos» (3). Tito habia prohibido dar cuartel á los vencidos, pero los soldados se cansaron de matar; como quedase todavía una gran multitud de pueblo, el general romano mandó perdonarlos. Un millon y cien mil Judíos murieron durante el sitio. Noventa y siete mil fueron vendidos, apénas se encontraron compradores para aquel vil rebaño. Muchos millares perecieron en los juegos dados por Vespasiano, combatiendo contra las fieras ó á manos unos de otros como los gladiadores (4).

N.º 4. — *Consideraciones generales sobre el derecho de guerra de los antiguos.*

En presencia de estos crueles espectáculos dan ganas de pronunciar una sentencia condenatoria sobre el derecho de guerra de los antiguos. Pero dirijamos nuestras miradas sobre las relaciones

(1) JOSEPH., *De Bello Jud.*, v, 18 (11, 1).

(2) *IBID.*, v, 36 (13, 4).

(3) *IBID.*, vi, 42 (8, 5).

(4) *IBID.*, vi, 44 (9, 2); vii, 17 (5, 5); vii, 6.

de los pueblos bárbaros ó salvajes; comparando este estado con los últimos tiempos del Imperio, nos convenceremos de que se habia verificado un inmenso progreso en los sentimientos humanos. El hombre era un enemigo para el hombre; ¡cosa horrible, muchas veces servia de alimento á sus semejantes! Era la guerra de todos contra todos. ¡Qué cambio tan prodigioso al fin de la antigüedad! El lazo de la paz unió ciudades, pueblos, imperios. La hostilidad que en los tiempos primitivos dividia á todos los individuos, no existe ya más que entre las naciones. Los hombres empiezan á sospechar que son hermanos. Solamente olvidan la fraternidad sobre el campo de batalla. Esta barbarie tiene derecho de sorprendernos en medio de una civilizacion tan avanzada como la de Grecia y la de Roma. Pero la cultura intelectual no habia penetrado aún en las costumbres. Habia una falta completa de armonía entre el mundo de las ideas y el de los hechos. La filosofia enseñaba la unidad de Dios y el politeismo seguia siendo la religion del pueblo. Los filósofos hablaban de la caridad que abraza á todo el género humano, y conservaban sus preocupaciones contra los Bárbaros. Reconociase la igualdad de los hombres y no se pensaba en abolir la esclavitud. Fué precisa una nueva religion, una nueva raza, un nuevo estado social para poner fin al antagonismo que dominaba en el mundo antiguo. El Cristianismo mismo no modificó más que insensiblemente la antigua barbarie. Asistirémos á escenas horribles durante la Edad Media, cuando el imperio de las ideas cristianas parecia absoluto; apénas llegó la Iglesia á moderar la ferocidad de los combatientes. La época moderna se abre con la guerra más irritante: los conquistadores cristianos matan á los pueblos jóvenes, débiles é inofensivos. Aún entre las naciones de Europa parece que la crueldad de las guerras aumenta con los progresos de la civilizacion; tan grande es la indiferencia de los reyes por la vida de los hombres. Apénas si al cabo de un siglo se humaniza el derecho de guerra. Si han sido menester dos mil años de civilizacion cristiana para introducir un poco de humanidad en las sangrientas peleas de los pueblos, ¿es de extrañar que al final de la antigüedad fuesen las guerras todavía crueles?